

LAMS

Publicación bimestral del Oratorio

Núm. 300

MAYO-JUNIO

Año 1995

SUMARIO

AUNQUE no hubiera habido santos, para enamorarnos del Evangelio nos habría bastado ver, transparentada en él, la figura de Jesús, repetidas sus palabras y releídas con el corazón. Tal vez su radicalismo nos parecería exagerado para llevarlo a la propia vida: el amor a todos y a él por encima de todo, el perdón de los enemigos, la esperanza de preferir el cielo más que todo lo de la tierra; superar lo ideológico y amañado de las religiosidades y «nacer de nuevo», y estar convencidos que sin estas disposiciones no es posible alcanzar a Dios... Pero he aquí que todo esto es posible para quien lo pide a Dios, y los santos nos lo confirman. Todo esto fue para ellos, y es también para nosotros.



PREFACIO DE SAN FELIPE NERI	2
LAS MANOS	3
EL PRIVILEGIO DE LOS HIJOS DE SAN FELIPE	5
EL JOVEN FELIPE NERI	7
«CUATRO ESPAÑOLES Y UN SANTO»	9
EL SANTORAL DEL ORATORIO	12
LOS SANTOS NO SE ESCANDALIZAN	16
QUÉ SE NECESITA PARA SER ORATORIANO	17

PREFACIO DE SAN FELIPE EN EL MISAL AMBROSIANO

*Realmente es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias siempre y en todo lugar,
Dios santo y omnipotente,
y que te ofrezcamos con devoción
nuestras alabanzas, a ti, Padre de la gloria,
autor y creador de todas las cosas.
Pues tú nos has dado en san Felipe
un ejemplo vivo
que suscita nuestro fervor
en el seguimiento de Cristo.
Su luminoso testimonio nos apremia
a amarte con alegría
y a servirte en los hermanos más necesitados.
Su admirable vida nos enseña
a dirigirnos a ti con corazón sencillo
y nos recuerda que la fidelidad de cada día
es la ofrenda más grata a tu nombre.
Por eso, con los ángeles y los arcángeles
y con todos los coros celestiales,
cantamos sin cesar el himno de tu gloria:
Santo, santo, santo . . .*

Las manos

EN ROMA, en el baptisterio de San Juan de Letrán, hay una pintura de Guido Reni, con san Felipe y los niños. Lo más hermoso son los ojos de los niños y los de Felipe: luces que se encuentran y, a medio camino, iluminan la sonrisa de paz florecida en los labios. La diestra de Felipe, estática, sobre la cabeza de un niño pequeño, y la otra moviéndose acompañando seguramente la palabra con el gesto. Siempre, después de la palabra o con la palabra, el gesto. Los buenos artistas despiertan del silencio sus obras y hacen "que hablen", o, como Miguel Ángel con su Moisés, que "sólo les falte hablar". Por eso, en la representación figurada, tienen tanta importancia, en el rostro los ojos y en el gesto las manos.

También Guido Reni, en el cuadro más conocido -traducido en mosaico- de nuestro Santo, le deja rendidas como alas las manos, en el éxtasis alargado de su mirada inefable puesta en Dios. Y lo mismo la pintura de Guarcino, en la cual Felipe se sorprende por el ángel que rasga la nube y le ofrece la Cruz. O la tela, de san Felipe niño -"fanciullo"-, que se guarda en Florencia, con las manos cruzadas sobre el pecho, diciendo, sin decir, «mi corazón es para Dios», mientras los ojos, desde dentro, miran serenamente al infinito. U otros cuadros de san Felipe, como el anónimo de Alcalá, con las manos sobre el corazón en llamas, invadido por el Espíritu, y que ha servido para el "poster" del IV Centenario que ahora celebramos.

Sería largo abrir el Evangelio y reseguir las escenas del Señor imaginando la benignidad y la fuerza de los gestos de sus manos. Manos de Jesús que trabajan en Nazaret; que señalan las flores de los campos y las aves del cielo, en las parábolas; que tocan los ojos del ciego para que vea, en los milagros; del Señor que, pisando el mar sin hundirse, tiende la diestra a Pedro, escaso de fe, para que no se ahogue; manos que bendicen a los niños, que acusan a los fariseos, que perdonan a la pecadora, que escribían -¡una sola vez!-, en el suelo, el indulto de la acusada y la sentencia de los inicuos acusadores; manos atadas ante Pilatos y manos taladradas en la cruz; pero luego rosas de carne gloriosa en el Cenáculo, mostradas a los discípulos -«¡No ten-

→

gáis miedo!»- como argumento de perdón y en seguida de consuelo, y bendecidos por ellas antes de subir a los cielos y de mandarlos a predicar el Evangelio al mundo.

También las manos de los apóstoles, como san Pablo -«¡Con estas manos!», decía- que trabajaban de día, con escozores y callos entre dedos, como buen israelita que no recusa el trabajo manual, para poder predicar, a la puesta del sol, gratis y libremente, el Evangelio.

Y manos de tantos santos y santas, comprometidos con el gozo creador y fecundo, proclamado por Cristo, cuando exclamó: «Yo trabajo como mi Padre también trabaja». Por esto la Biblia ha presentado el mundo como «un trabajo de Dios» que ha de ser completado con los sudores del hombre. De todos los hombres, que trabajan, tejen, labran, construyen, limpian, plantan, ayudan, sostienen y mueven el mundo, que crece con ellos; que renuncian a aprovecharse, a trepar a costa de otros, que enseñan a los menos hábiles o a los más jóvenes, para convertir la vida en una alabanza divina; para que el hombre sea la «alabanza de Dios».

Pero hay, todavía, demasiados hombres con las manos caídas; en el fondo, esclavos de la tristeza porque desprecian el cansancio redentor. Van por la vida con «las manos vacías»; son los «siervos inútiles» del Evangelio, arañando lo ajeno, si pueden, disimulando la propia inutilidad con mentiras y el maquillaje de vanidades; son las manos de los que nunca han mirado al cielo o sólo de soslayo, porque Dios no es útil o no milagrea para ellos. Admirarán, tal vez, las proporciones, pero nunca comprenderán el significado de esas dos manos que pintó el genio de Miguel Ángel: la mano del hombre y la mano de Dios; Dios que crea, ama, transforma y hace santo todo lo que toca.

En este año jubilar, ¡que nos bendigan las manos de san Felipe, desde donde, para siempre, aplauden a Dios! Las manos que Juvenal Ancina recordaba de cuando, en las reuniones del Oratorio, levantaba el Santo para acompañar, con el gesto, la palabra, y «se traslucían al sol, blancas como el alabastro». Manos fuertes, también, que golpeaban una columna de la iglesia, para interrumpir el sermón de uno de los suyos, porque degeneraba en vanidad; manos que otrora no desdeñaban jugar a lanzar la «piastrella» con los más jóvenes del Oratorio, en las pequeñas excursiones al Gianicolo. Y, sobre todo, el inolvidable momento del adiós, al morir, cuando, rodeado su lecho por la corona de sus primeros hijos, al alba del Corpus de 1595, ya sin fuerzas para hablar, sus manos valían más que las palabras, con el ademán de bendecir a todos, alzando los brazos y mirando al cielo.

Fuera, las campanas de Roma sumaban su tañido a las amanecientes lueces del día, para una doble fiesta: la del Paraíso del padre Felipe y la del milagro de la Eucaristía. Dios había bajado y tocado la tierra, y se llevaba de la mano a un santo al cielo. ■

Que la verdad os haga libres, la caridad, servidores, y ambas os den la alegría.

Pío XII

a los oratorianos ingleses (27.5.1949)

EL PRIVILEGIO DE LOS HIJOS DE SAN FELIPE

Parte final de unas palabras de Newman, dirigidas a sus hermanos de comunidad, en enero de 1850.

NOSOTROS, hijos de san Felipe, ¿seremos capaces de imitarlo en este Oratorio? Tengámoslo como nuestro modelo, sin pensar demasiado en las fuerzas con que contamos, ni calcular el éxito. De momento nos sirve de consuelo poder decir que participamos en su misma obra lo mejor que podemos, para atraer su bendición sobre nosotros. En verdad que no hemos elegido, para nuestro apostolado, el lugar más elevado, sino que hemos aceptado voluntariamente el más humilde, siguiendo el consejo de nuestros superiores. El deseo de nuestro corazón y el sentido del deber nos ha conducido hasta aquí. Deliberadamente nos hemos establecido en el barrio más humilde, desconocido por la mayoría del mundo, y hemos comenzado, igual que san Felipe, a desarrollar nuestro ministerio principalmente con

los pobres. Hemos ido allí donde no podemos esperar ser recompensados por nuestro trabajo, ni recibir el aplauso de nuestras palabras por parte de personas doctas y mejor instruidas. Hemos decidido, con la gracia de Dios, abstenernos de buscar la fama del mundo y hemos procurado, por el contrario, y conforme al precepto de nuestro Padre, «pasar desapercibidos».

Ojalá que este espíritu guíe siempre nuestro proceder, y me pregunto si yo mismo lo conseguiré para mí y si sabré obtenerlo de san Felipe para vosotros, como un favor del cielo, para que, en los tiempos por venir, sea igualmente nuestro distintivo.

Y bien: yo os aseguro que no pido que debáis padecer persecuciones, como algunos hombres santos han deseado para sus hijos espirituales,

→

El Oratorio

porque el Oratorio debe dedicarse a un trabajo sereno, que requiere paz y sosiego para realizarlo bien; no pido calumnias, insultos ni malignidades. Estas cosas, aunque produzcan penalidades, pueden además darnos cierta notoriedad y ésta transformarse en tentación. Yo, en cambio, imploro para vosotros este privilegio: que el público no os conozca ni para alabaros, ni para difamaros, sino que podáis llevar adelante y con tenacidad una gran labor a esta generación a la cual pertenecemos, y tantas obras buenas y religiosas cuantas sean preci-

sas para llevar al Paraíso a muchas almas, sin que a nadie que pase por vuestro lado dejéis que lo haga sin recibir un bien; deseo que podáis sobrevolar por el mundo con indiferencia, conocidos solamente en casa, trabajando solamente para el Señor, con corazón puro y fijos en él, y sin que os puedan distraer los aplausos humanos; que depositéis en él toda vuestra esperanza, sin otra ilusión que su eterno Paraíso, sin esperar ninguna de las recompensas, sólo parciales, que se pueden alcanzar en la tierra, sino sólo la intensa y plena del cielo. ■

LAUS 300

El primer número de este boletín del Oratorio de Albacete, aparecía en enero de 1960, en forma todavía más modesta que la actual: cuatro páginas en 8º; en 1967 pasamos al formato en 4º; al alcanzar el número 100 (enero de 1972) pudimos imprimirla en nuestra propia casa, y acabamos de llegar, bien cumplidos los 36 años, a este número 300, precisamente en el mes de san Felipe y de su IV Centenario. Ello no constituye un hito de demasiada importancia, pero dentro de la pequeña historia de este Oratorio, creemos que LAUS ha servido para dar noticia de san Felipe y de su obra, en un lugar donde era casi desconocido, y ha podido llegar como saludo y lazo de afecto a todos los amigos del Oratorio. Por todo: «Laus Deo». Alabado sea Dios.

EL JOVEN FELIPE NERI

SAN FELIPE se ordenó de presbítero el 23 de mayo de 1551: le faltaban apenas dos meses para cumplir los treinta y seis años. Siguió el consejo de su guía espiritual y amigo, el sacerdote Persiano Rosa, compañero también de fatigas apostólicas y obras de caridad, en aquella complicada Roma de mediados del s. XVI. Esta decisión tan importante se tomó y llevó a cabo en muy corto espacio de tiempo, como lo demuestra que, de marzo a mayo del mismo año, recibiera sucesivamente la tonsura clerical, las órdenes menores o ministerios, y el subdiaconado, diaconado y sacerdocio. Pero tampoco suponía un cambio de vida espiritual este nuevo estado. Llegaba a él casi como una consecuencia natural, para hacer más bien, para servir mejor a Dios y al prójimo desde una entrega personal única, total y exclusiva. Tenía, a esta edad, la cultura teológica necesaria y, sobre todo, la madurez espiritual adquirida en la oración. Cuando él aseguraba que «se aprende más de Dios en la oración que en los libros» podía apoyarse, por propia experiencia, en los dos extremos de la comparación: porque había estudiado fi-

losofía y teología no para «hacer la carrera de sacerdote», sino para saber más de Dios como cristiano, y este saber, más todavía que en la cátedra de los buenos maestros, lo había adquirido en las largas vigili-
as pasadas en las catacumbas, recordando el ejemplo de los mártires y de los primeros cristianos.

Llevaba en Roma unos veinte años, después de haber renunciado a un porvenir halagüeño ofrecido por unos parientes ricos, de Montecassino, que querían prohibirlo. Aquí, junto a lo mucho «que debía su alma a los frailes de San Marcos, de Florencia», donde nació y pasó la infancia, pudo añadir los consejos de los monjes de Montecassino, y así decidió entregarse totalmente a Dios, pero en Roma, la «ciudad de los santos y la silla de Pedro», aunque no siempre resplandeciente de las virtudes que hubieran debido adornarla. En este sentido, Roma no pasaba por el mejor momento. Pero esto no fue lo que más le preocupaba, porque sobaban testimonios y la memoria histórica de santos y mártires de quienes aprender. Así que, a la mediana buena instrucción que poseía, añadió otros estudios «para saber más de Dios», sin acudir a ayuda de familia ni protección de nadie en eso que llamaríamos ahora pensión, becas o bolsas de estudios. Trabajó de preceptor de un par de niños y, con la

→

El Oratorio

recompensa recibida, vivía sobriamente, en pobreza, limpieza y mínimo ajuar, y el resto del tiempo en libertad y entregado a la misericordia, con niños, enfermos, ignorantes de Dios, pobres, peregrinos.

En Roma no faltaban los malos ejemplos de quienes hubieran debido darlos buenos; pero Felipe no era el tipo carroñero de quienes pretenden justificarse señalando el mal y los vicios reales o imaginados de los demás. También habría cristianos honestos y pequeños cenáculos donde se creía en el Evangelio. Incluso, este Evangelio le hubiera bastado a él, si nadie más lo hiciera, para enamorarse del Señor, como cuando en clase de Teología la emoción le traicionaba al oír al maestro hablar del amor de Dios y fijarse en el crucifijo que presidía el aula. Si no hubiese habido ningún cristiano, él habría vuelto a ser el primero en seguir a Cristo, como Juan y Andrés, junto al Jordán, que preguntaron a Jesús: «Maestro, ¿dónde moras?», y luego cuando «dejándolo todo, le siguieron».

Hay, en Felipe seglar y joven, como un descuido —que no lo era— de lo que es negativo, y sí una clara y definitiva resolución nada ostentosa de entrega total al Señor, tan sencilla y sincera que se consubstancia con todos sus pensamientos y hasta se olvida de sí misma. Actitud que perdurará a lo

largo de toda su vida y se caracterizará por el sentido de libertad, paz y gozo que inspiran sus palabras y motivan sus acciones. No recurre a lo excesivamente estructurado y organizado, recela de las propagandas, se descubre fundador a pesar suyo y su obra, el Oratorio, perdurará como un milagro de debilidad y fidelidad, que el buen espíritu de la Madre Iglesia ampara a través de los siglos, pero que contrasta con los excesos de previsión que otros acumulan para asegurar pervivencias. Si le señalan esa especie de “descuido”, responde, con el salmista, que «la Iglesia se adorna con la variedad».

Si un día desapareciera, como institución, la obra de san Felipe, es decir, el Oratorio, o si perviviera como un nombre o una mera fórmula fosilizada, sin contenido espiritual característico, no obstante ello, todavía perduraría su impronta, como patrimonio de la Iglesia, que alguien tendría que redescubrir y recuperar, con la misma devoción espiritual y búsqueda de los orígenes, con que iba el santo por las noches a las catacumbas, de joven, para descubrir los ejemplos y el estilo de los primeros mártires y seguidores de Cristo, en la Iglesia de los que vieron al Señor, libre, enamorada y limpia de pecados y perversiones, siempre capaz de volver a ser joven. ■

«Cuatro españoles y un santo»

CUANDO el 12 de marzo de 1622 tuvo lugar la canonización —junto con Ignacio de Loyola, Francisco Javier, Teresa de Jesús e Isidro— de san Felipe Neri, por el papa Gregorio XV, la alegría se desbordaba por todas las calles de Roma porque sus habitantes creyeron que, al fin, habían vencido todas las dificultades puestas por el rey de España a aquella proclamación gloriosa de la santidad de un romano de adopción, que había amado a los romanos con la bendición de su apostolado y el ejemplo de sus virtudes, al fin reconocidas. Ellos ya lo habrían canonizado el mismo día de su muerte. Pero la política estaba por medio y, del mismo modo que puede ocurrir, y ocurre, que algunas proclamaciones de santidad se aceleran por la presión e interés de los poderosos, otras, por las mismas razones, se retrasan. En el primer caso podría ser un ejemplo la canonización de san Luis, rey de Francia, elevado a los altares por Bonifacio VIII para congraciarse con el rey de los franceses, pariente del santo,

mientras que, en el segundo, el retraso de san Felipe Neri era obstaculizado por el resentimiento de los españoles, que insistían en que sus cuatro santos fueran canonizados antes.

El origen de ello estaba en la gran crisis que Francia padeció con el acceso imprevisto, al trono, del pretendiente Enrique de Navarra, por parte de madre, que lo era Juana d'Albret, reina de Navarra. Muerto Enrique III, sin dejar sucesión, el legítimo aspirante era el de Navarra, su cuñado, aunque de religión calvinista, cuyas convicciones religiosas había demostrado inequívocamente en el gobierno de su principado de Béarn. Francia era católica y el conflicto era inevitable, con mezcla de razones religiosas y, todavía más, de intereses políticos. Inglaterra, separada de Roma por Enrique VIII, era partidaria del pretendiente, mientras que España se oponía.

El de Navarra, sin embargo, era un hombre inteligente y de una gran personalidad, de modo que, sincero o sólo por sagacidad políti-

→

El Oratorio

ca, procuró hacerse absolver de la excomuni3n que pesaba sobre 3l, por algunos obispos franceses en Saint-Denis. Ello fue acompa3ado de una gran pompa lit3rgica, indudablemente interesada por el propio Enrique IV, y adem3s juzgada conveniente por los obispos, que facilitaron los intereses del pretendiente para evitar la extensi3n del cisma. Pues, adem3s de Inglaterra, ya hab3an roto con Roma Alemania, Suecia, Escandinavia y ahora peligraba Francia, nada menos que «la hija predilecta de la Iglesia». Desde Roma, los te3logos pontificios discut3an sobre la validez de la absoluci3n de los obispos franceses, y el papa Clemente VIII se debat3a vacilando sobre la sinceridad u oportunismo de la abjuraci3n del de Navarra. A 3ste se le atribu3a, con o sin fundamento, la conocida frase de que «Par3s bien vale una Misa», lo cual colmaba los motivos para dudar de la sinceridad de su conversi3n. Por otra parte, como siempre ocurre entre oponentes pol3ticos, se desata la pasi3n de denunciar o hacer ver peores males de los reales en el contrario, para ocultar las propias codicias; adem3s la hegemon3a espa3ola quedaba amenazada, con o sin cisma de Francia, desde el momento en que el rey franc3s y el ingl3s se coaligaran. Espa3a ya hab3a perdido una batalla diplom3-

tica al no conseguir que, en 1592, en vez del papa Clemente VIII, sucediera a Inocencio IX el cardenal Santoni, patrocinado por la facci3n espa3ola que consideraba a este cardenal favorable, en lo pol3tico, como lo fuera el papa Borgia, Alejandro VI, que hab3a bendecido la expansi3n conquistadora espa3ola, y, en lo religioso, el riguroso P3o V. Cuando todo parec3a dispuesto para este resultado, la celebraci3n del c3nclave dio otro y, superadas las intrigas, desemboc3 serenamente en el dign3simo cardenal Hip3lito Aldobrandini, que tom3 el nombre de Clemente VIII, amigo, como hijo espiritual, de Felipe, ya muy anciano, y Baronio, a quien tom3 por confesor luego que a nuestro Santo, al excusarse 3ste, por sus muchos achaques, que le hac3an menos disponible.

En Roma se sab3a y comentaba todo el ir y venir de embajadores que buscaban la influencia del papa para hacerlo inclinar por uno u otro bando. En definitiva la cuesti3n era si el papa absolv3a o no de la censura can3nica de excomuni3n a Enrique (porque los obispos franceses se hab3an excedido al carecer de jurisdicci3n para ello). Fue entonces cuando Felipe fue a ver personalmente al papa, enfermo y agobiado, envuelto en dudas y escr3pulos, y, entre Felipe y Baronio, le convencieron de que deb3a ad-



mitir la sinceridad de Enrique IV, al abjurar del calvinismo y salvar, de este modo, la fidelidad de Francia a la Sede de Pedro. Y sucedió así. Los romanos —Roma era una ciudad más pequeña—, que no habían perdido la memoria, dijeron la frase que citamos como título, al salir de la canonización de Felipe Neri: «Hoy el papa ha canonizado a cuatro españoles y a un santo», en una mezcla de regocijo y picardía. Los cuatro españoles eran: Ignacio de Loyola, Francisco Javier, Teresa de Jesús e Isidro. Los dos primeros contemporáneos y amigos de Felipe y todos españoles, para complacer al rey de España, pero además verdaderos santos, reunidos en un mismo acto de canonización. Con ello habían cesado las dificultades o resentimientos contra el recuerdo de san Felipe, que no había favorecido los intereses del otro Felipe, Felipe II, rey de España.

San Felipe Neri sonreiría desde el cielo midiendo, a la luz de Dios, las ambiciones de los hombres, cuando el 17 de septiembre de 1595 (cuatro meses después de la muerte del Santo), Clemente VIII reconcilió con la Iglesia a Enrique IV. Un acontecimiento decisivo para la historia de la Iglesia, y la única vez que Felipe "se metió en política". De todo esto se cumplen, también en este año de 1995, cuatro siglos. ■

clausura del cuarto centenario de SAN FELIPE NERI

**El 26 de mayo
Juan Pablo II
presidirá
la Eucaristía en el
Oratorio romano
junto al sepulcro
del Santo**

El Santoral del O

EN REALIDAD tenemos pocos santos en el Oratorio, por no decir que tenemos solamente uno: nuestro Padre y Fundador san Felipe Neri. Aunque podemos considerar como santo oratoriano a san Francisco de Sales, que fue amigo de César Baronio y de Juvenal Ancina, después de lo cual, conocedor de la obra de san Felipe, quiso fundar un Oratorio en su diócesis, en la ciudad de Thonon, y se reservó ser el primer Preósito del recién nacido Oratorio, si bien se trataba de una prepositura poco más que simbólica. De todos modos, su profundo humanismo espiritual sintonizaba indudablemente con el talante de los primeros discípulos de san Felipe. Algunos historiadores han querido suponer que incluso conoció a san Felipe, con ocasión de un viaje que hiciera a Roma, en sus años jóvenes, antes de ser obispo y ni siquiera sacerdote; pero la hipótesis parece poco fundada.

Tenemos, además, cinco beatos y varios venerables.

La canonización de san Felipe Neri puede decirse que se produjo "por aclamación popular", inmediatamente después de su muerte, aunque el minucioso proceso oficial culminó en 1622.

Felipe murió en la noche del 25 al 26 de mayo de 1595, festividad del Corpus, poco antes de que las luces del día resplandecieran sobre Roma. Su cuerpo fue bajado a la iglesia y colocado reverentemente en el crucero, y las campanas que

Oratorio

tañían por la festividad del Señor se mezclaban con el anuncio de la muerte del santo. Mientras tanto los fieles de Roma comenzaban a afluir a la Vallicella, de modo ininterrumpido, dando muestras de gran devoción. Al día siguiente se repitieron las mismas escenas, hasta la hora del sepelio con el templo a rebosar de fieles.

La idea de iniciar el proceso de beatificación y canonización de Felipe no partió, en un primer momento, de la comunidad del Oratorio, sino de algunos cardenales, especialmente de Federico Borromeo, devotísimo de Felipe, y también del prelado Marcantonio Maffa, no menos entusiasta y hombre cultísimo, que participó muy activamente, hasta el punto de poder considerarle, sin temor a exagerar, como el principal promotor. Los oratorianos se sumaron luego al proyecto, pero fue preciso vencer la oposición del padre Pedro Consolino, discípulo y confidente íntimo de san Felipe, de quien podría decirse que →



El Oratorio

fue para éste lo que san Juan Evangelista para el Señor. Le parecía innecesario si se pensaba en el bien de los fieles y creía que, además, a san Felipe, sencillísimo en todas las cosas, no le gustaría. Al fin cedió a lo que la comunidad también aceptaba, de acuerdo con las insistencias de los amigos del Oratorio, devotos insignes del santo. Tal vez Consolino pensaría en lo que san Agustín había dicho, siglos antes, respecto a los honores y los funerales de los muertos, que, con frecuencia, se hacen pensando más en los vivos que en los difuntos. Cabe, también, el peligro de que los que seguimos en la tierra nos aureolemos con méritos ajenos todavía no merecidos, es decir, con la gloria de los que ya están en el cielo, y nos recreemos en la vanidad de la que ellos ya están del todo curados.

San Felipe Neri fue canonizado el 12 de marzo de 1622, y proclamado patrón principal de la ciudad de Roma, junto con los apóstoles Pedro y Pablo. La beatificación había tenido lugar apenas siete años antes, el 25 de mayo de 1615.

Tenemos también en nuestro calendario, a cinco beatos: Juan Juvenal Ancina (1545-1604) que, junto con su hermano Juan Mateo, fue recibido por el mismo san Felipe en el Oratorio, y su fiesta se celebra el 31 de agosto; el beato Antonio Grassi (1592-1671), el 14 de diciembre; Sebastián Valfré (1629-1710), el 30 de enero; Luis Scrosoppi (1804-1884), el 3 de octubre; y José Vaz (1651-1711), el 16 de enero. Estos dos últimos, beatificados por Juan Pablo II.

Están además los nombres de los dieciocho venerables, es decir, de los que se ha seguido el proceso que ha finalizado con el decreto de reconocimiento de "virtudes heroicas". He aquí sus nombres: los italianos Baronio, Tarugi, Consolino, Visconti, dell'Aste, Sozzini, Bini, Eustachio, Marchesi, Scarpampi, Annibaldi, Trona, Castelli, y Calcagno; los mexicanos →

Pérez de Espinosa y Alfaro; el valenciano Pedro Domingo Sarríó, y el inglés John H. Newman. Extraoficialmente habría que añadir a la lista varios "mártires", miembros de los Oratorios de Barcelona, Vic y Gracia, de nuestra más reciente historia.

Ojalá que los deseos de santidad a que nos exhortaba san Felipe, sin ni siquiera poner límite a la de los conocidos, como él insistía, nos permita encontrar a todos, más allá del tiempo, como estrellas brillantes, en el firmamento en el que Dios mismo será la luz de todos los justos, proclamados tales en la tierra, o simplemente canonizados allí por el abrazo y la bendición del Señor, en el cielo, que es lo que cuenta, y lo gocemos con el espíritu con que san Felipe echaba al aire su birreta y gritaba «¡Paraíso, Paraíso!» ■

CONCIERTO DE SAN FELIPE NERI

EN LA IGLESIA DEL ORATORIO

*Domingo 28 de mayo, a las 8 de la tarde,
por el*

CORO UNIVERSITARIO
DE ALBACETE

Director: Juan Carlos Colom

Los santos no se escandalizan

EN EL EVANGELIO hay una maldición para los que cometen el pecado de escándalo. Pero la verdadera fe no puede depender de lo que veamos o suponamos sobre virtudes o pecados ajenos, cualquiera que sea el lugar que ocupe en la Iglesia quien provoque el escándalo. Por lo común se suelen exagerar los malos ejemplos y, al contrario, permanecen ocultas, silenciosas, las vidas más santas y ejemplares. Aun de lo bueno el exceso de propaganda siempre es sospechoso. Solamente Cristo tiene derecho a decir: «Os he dado ejemplo». El argumento de la fe no está en el ser humano, sino sólo en Dios mismo, que no puede engañar, y en Jesucristo, su Hijo. Ello no quita que la bondad no ostentosa ayude a los más débiles y pequeños, con tal que no lleve a éstos a que se encierren en infantilismos pseudo-piadosos o círculos sectarios.

Por esos motivos, cuando alguien que se considere adulto en la fe, dice que abandona a la Iglesia por malos ejemplos recibidos, podemos suponer razonablemente o que su fe era muy escasa o simplemente era una fe basada en el error de creer en los hombres más que en Dios.

En nuestra época, como en todos

los tiempos, existen virtudes y pecados dentro y fuera de la Iglesia. Incluso hemos de admitir que Dios, en su providencia, permite crisis, errores y pecados de los hombres, para que se purifique la fe de los verdaderos creyentes. Los santos no se escandalizaban por los malos ejemplos. Al contrario, la presencia escandalosa del mal y del error les suponía un reto para crecerse en el deseo del bien y del esclarecimiento y búsqueda de la verdad, regresando siempre al Evangelio y el ejemplo de Cristo. San Felipe Neri vivió en una época en que la Iglesia, y precisamente en sus representantes más encumbrados, daba el triste espectáculo de una mundanidad y ostentación de riqueza y manipulación política nunca superada en otros tiempos y, por supuesto, tampoco en el nuestro. Su reacción fue la santidad.

Ocurre, en el ambiente seductor de las propagandas, que mitificamos a los hombres y profanamos a Dios. En cambio, debiéramos poder repetir aquellas palabras que los samaritanos dijeron a la mujer que les contaba su encuentro con el Señor: «Ya no creemos por tu palabra, pues nosotros mismos hemos oído y conocido que éste es verdaderamente el Salvador del mundo». ■

Qué se necesita para ser oratoriano

A FUER de repetir la sencillez de la estructura jurídica del Oratorio, se puede trivializar la imagen, desde fuera del mismo, como si fuesen mínimos los requisitos personales y la seriedad para asumir el sentido de una verdadera respuesta vocacional a un proyecto en el que se compromete en verdad toda la vida, al llamar a las puertas de nuestra Congregación para integrarse en la comunidad y seguir en ella, sin diluir en el intento el ideal de santidad y apostolado del legado de san Felipe Neri.

Aquí no vamos a referirnos a las disposiciones de la recta intención y la capacidad física, mental y espiritual que son genéricas para toda vocación de la cual, generosamente correspondida, cabe esperar que prospere sobrenaturalmente. Ni siquiera glosaremos en detalle los criterios y normas que se recogen en nuestras Constituciones y la tradición de cuatro siglos de vida de la obra de san Felipe. Pensamos detenernos solamente en unas pocas ideas básicas en las que se precise lo peculiar del Oratorio, como punto de partida elemental para no incurrir en errores que llevarían al fracaso a quienes se acercaran a él con una visión deformada y ayunos de lo que san Felipe quería para sus hijos. También estas ideas pueden ayudar a los solamente curiosos para que no se lleven a engaño al intentar formarse un concepto de nuestro instituto, y lo tengan más aproximado a la realidad. Aunque la perseverancia en el Oratorio es, estadísticamente y salvadas las proporciones, parecida a la de otros institutos, las vocaciones fracasadas y los errores con que desde fuera se nos ha juzgado se han debido a la ligereza u olvido de las siguientes notas que vamos a enumerar. →

El Oratorio

La estabilidad

EL PRIMER ejemplo de estabilidad en la Congregación del Oratorio nos lo dio san Felipe, que permaneció constantemente en Roma, y que siempre fue reticente a la dispersión de sus discípulos. No cedió de buen grado a la presión de los ciudadanos florentinos residentes en Roma para que aceptase ser el Rector de su iglesia, situada al principio de la vía Giulia; a las excusas de Felipe, ellos recurrieron al papa y se vio forzado a aceptar, si bien él mismo no rigió directamente la iglesia, a la que mandó a sus discípulos más jóvenes. A éstos les sirvió de primer experimento comunitario, que Felipe dirigía permaneciendo en San Girolamo della Carità, a donde acudían, tres veces al día, para las oraciones comunes y conferir con el Santo. Felipe nunca dispensó a los suyos de la participación en las reuniones del Oratorio. Por otra parte se encontraba con que los asistentes seglares a las reuniones del Oratorio crecían en número y San Girolamo no resultaba bastante capaz. Cuando años más tarde el Oratorio se asentó en la Vallicella, decían sus discípulos, exonerados ya del cuidado de la iglesia de los florentinos: «Finalmente siamo in casa propria!»

Otro tanto demuestra el criterio de san Felipe en la discusión habida con san Carlos Borromeo, que quería que le mandara un grupo de sus sacerdotes a Milán; Felipe cedió al principio, pero enseguida comprendió que no era positivo para la comunidad y los llamó a Roma, no sin disgusto por parte de san Carlos. Y lo mismo con las reticencias para la fundación del Oratorio de Nápoles, una historia que necesitaría más comentario.

Por lo demás, lo mismo que el papa Nicolás II, en 1059, se refería a «la vida común apostólica» y algo más tarde también lo hacía el concilio de Nîmes (1096), al distinguir entre los presbíteros seculares de aquellos que «viven según la norma apostólica», el papa Honorio II, en 1157, se refería a la estabilidad monástica. En realidad ésta contenía la materia de lo que en el futuro de la vida “religiosa” serían las virtudes de los tres votos de los “consejos evangélicos”, cuya generalización tendría lugar a partir del s. XVI, durante el pontificado de san Pío V. Precisamente, después de este papa, surge la excepción del Oratorio, comprendida y amparada por el papa que le sucede, Gregorio XIII. San Felipe decía que no quería votos, pero sí las mismas virtudes de los →

religiosos que se obligan a ellos por la triple profesión de los consejos de obediencia, castidad y pobreza.

En este sentido, el Oratorio se parece a los monasterios benedictinos, y alguien no ha dudado en alargar la comparación hasta asemejarnos a los cartujos, no sólo por la estabilidad, sino además por el componente de la oración y la caridad interna y apostólica, que es la forma espiritual de todas las virtudes cristianas.

Newman no duda en afirmar que la estabilidad es el pernio en torno al cual gira y se apoya toda la vida y sentido de la existencia de un Oratorio. Dice Newman: «No todo buen sacerdote secular sabe vivir en comunidad; es un don que alcanza a pocos. Tampoco los religiosos que pertenecen ordinariamente a un cuerpo extensísimo, que no tienen, como nosotros, un hogar doméstico: un día están en un lugar, otro en otra parte, y hasta ocurre, a veces, que es un principio de su instituto el no permanecer demasiado tiempo en el mismo sitio. Puede ser que, al fin de su vida, se les destine a un lugar permanente, pero entonces es más un refugio que un hogar doméstico, o tal vez un "retiro". Es cierto que siempre están sometidos a superiores, a una regla; pero no son súbditos pertenecientes a una comunidad siempre la misma... Nada demuestra que posean el don de vivir con los demás sencillamente por el amor de vivir con ellos. Obedecen en virtud de un lazo precedente. Nosotros somos diferentes de los religiosos y de los sacerdotes seculares».

La vida comunitaria y familiar del Oratorio se manifiesta por el apego que se tiene al hogar, que no se llama convento, ni residencia, sino "casa", nuestra "casa", para alejar al máximo la idea de pensión u hotel. Se aman las paredes, se respetan y cuidan los objetos, se desea la morada, que Newman llamaba "nido" —"my nest"—, como un hogar para siempre, con hermanos para siempre, no demasiado numerosos para que la multitud no diluya el afecto, el respeto y la lealtad, el recíproco conocimiento para amarse, para ayudarse, para compartir las alegrías y soportar las dificultades, para corregirse y perdonarse hasta la muerte, generación tras generación. En las mismas familias del mundo no duran, para todos los miembros que las componen, la larga convivencia y las responsabilidades compartidas para un proyecto común, espiritual y generoso. Apenas rebasada la adolescencia —y aun a veces en ésta— los más jóvenes se emancipan o van fuera del hogar →

El Oratorio

para el trabajo o los estudios, y ya no regresan o, como ocurre con frecuencia, la convivencia generacional se hace difícil, incluso entre padres e hijos, entre ancianos y jóvenes.

En el Oratorio la estabilidad no responde a un replegamiento egoísta hacia la inercia, sino, por el contrario, al beneficio de la garantía para el mantenimiento del propio apostolado, para la realización del culto con el máximo celo para honrar a Dios y edificar a los fieles, y facilita la continuidad en la labor espiritual de la dirección de las almas que buscan consejo para perfeccionar su vida de cristianos. En conjunto, ayuda a la inserción o —como ahora se dice— a la “encarnación” en el lugar y asimilación cultural que facilite hacer el bien y mantener el influjo colectivo y personal, sin cambios que lo estorben o interrumpan. Para un oratoriano el cambio de residencia es siempre una excepción muy justificada, como por ej. el tener que emprender una nueva fundación o el auxiliar a una casa en peligro de extinción; nunca una arbitrariedad. El que entra en el Oratorio lo hace convencido de que permanecerá en él «hasta la muerte». Corren parejas estabilidad y perseverancia.

Obediencia

ESTA PALABRA no tiene buena acogida, incluso entre gentes tenidas por “espirituales”. Vivimos una época de individualismo feroz, en la que todo el mundo quiere “hacerse a sí mismo”, pero en el que acaban muchos aprovechándose lo que pueden de los demás, aunque solitarios de espíritu. Un día la historia volverá las aguas a su sitio, en ese vaivén hasta alcanzar nuevos tiempos. Pero no queremos decir que el Oratorio sea un lugar para dedicar el tiempo a una especie de gimnasia obediencial, o de infantilismo que anule la personalidad. Todo lo contrario. San Felipe mandaba poco, pero era absolutamente intransigente con lo que consideraba esencial, mayormente con los que más amaba. Baronio nos serviría de ejemplo.

De lo que venimos diciendo ya se comprende que el Oratorio no es una hospedería de sacerdotes (¡no sólo estamos sacerdotes, sino también laicos!), más o menos coincidentes en gustos, como la liturgia o el estudio u otros aspectos de nuestra labor, o que nos gusta la →

El Oratorio

estabilidad porque así “dejamos” sin desprendernos del todo, sin dejar verdaderamente nada... El Oratorio tampoco es una “solución”, para quien busca un decoroso retiro clerical en un lugar que le gusta, sin tener que obedecer a obispos ni siquiera a superiores que manden poco. El Oratorio no es una pensión.

Una comunidad no es un grupo de personas que viven juntas. La palabra “comunidad” sugiere la idea de “común” y de “unidad”, y también de “comuni6n”.

Vivir en comunidad quiere decir —y volvemos a Newman— «formar un cuerpo. El Oratorio es una individualidad que posee un solo querer y una sola acci6n. Lo cual no es posible sin grandes concesiones sobre el propio juicio privado de cada uno. Se trata de una con-formidad, no accidental, no por naturaleza, sino por deducci6n sobrenatural y dominio propio... Se trata de un sometimiento amoroso al querer de la Congregaci6n. En realidad esto incluye, o contiene todos los dem6s consejos del Evangelio».

La Congregaci6n del Oratorio tiene sus propias reglas y las generales de la Iglesia, y debe obedecerlas como “cuerpo”. El Oratorio es aut6nomo, es decir, depende, seg6n su derecho interno, y en lo que le es propio, del superior que eligen los que forman la casa.

La Congregaci6n del Oratorio tiene sus Constituciones propias, que le ha dado la Sede Apost6lica y que debe obedecer. Como los dem6s institutos de “derecho pontificio”, cada Oratorio, fuera de s6 mismo, tiene la dependencia y est6 sometido a la Santa Sede. Pero lo m6s importante para el lector que siga nuestro comentario puede ser el aspecto singular e interno de esta obediencia. El superior de cada Oratorio se llama “Prep6sito” para los de fuera, pero internamente recibe el nombre familiar de “Padre”, que responde al car6cter descrito de nuestra comunidad. Su mandato dura s6lo tres a6os, pero puede ser reelegido, (tambi6n depuesto). El Padre o Prep6sito representa y dirige a la comunidad y, aunque tiene unas pocas prerrogativas, en realidad, es el ejecutor de los acuerdos de la comunidad, que se re6ne regularmente; es decir, que tambi6n 6l “obedece” a la comunidad. 6sta es la que tiene el m6ximo poder para todo lo importante, aunque el Padre ha de mandar y ayudar a sus hermanos, teniendo en cuenta la propia flaqueza y «como quien tiene que dar raz6n a Dios por ellos». →

El Oratorio

Ya se ve cuán equivocados estarían quienes imaginaran que la ausencia de votos fuese razón para vivir a su propio arbitrio y capricho. Newman sentencia que los tales no servirían para ser miembros del Oratorio.

No es necesario hacer aquí la apología de la obediencia. Sabemos que todo lo que somos y tenemos lo hemos recibido, y que del mismo modo debemos transmitirlo. Sería imposible continuar la sucesión si no existiera receptividad en los que han de aprender y, en cierto modo, heredar no solamente la forma externa de vida, reducida a mera disciplina, sino el espíritu y el estilo, las obras y las tradiciones, la misión. El Oratorio no es una fórmula para ser manipulada a placer o remitiéndola a ideales que no pasan de la mera teoría, apenas simbólica. La obediencia requerirá también estudio y predilección por lo que es propio del ser del Oratorio y las tradiciones que han sido acumuladas por la experiencia de los más fieles al ideal que vivió y enseñó a otros san Felipe Neri. No se viene al Oratorio para vegetar, o para introducir o cambiar ideales, sino para profundizar en los originales que le son propios, y aprender a adaptarlos a los «signos de los tiempos», pero sin convertir esta referencia evangélica en pretexto para justificar desviaciones. No basta cualquier “bien”, sino el bien que Dios quiere —y repetimos, una vez más, a Newman—. La obediencia es hermana de la fidelidad, y ésta se alimenta de humildad, obediencia y desprendimiento, tanto en lo personal de cada miembro, como en los proyectos y vida comunitaria y apostólica.

La conversión

NO SE VIENE al Oratorio porque se es santo, ni siquiera porque pensemos que lo sean los que ya lo componen. De éstos, tenemos derecho a suponer que, si nos admiten, están dispuestos a ayudarnos, en el camino del Evangelio, para cambiar de vida y convertirnos. Se viene al Oratorio para servir a la Iglesia por medio de él, para hacer bien a las almas, para santificarnos y, sobre todo, para glorificar a Dios con la vida que le entregamos y el ideal que hemos abrazado. No puede haber santidad sin conversión, y el buen espíritu se marchita hasta niveles farisaicos cuando, mal aconsejados por la soberbia, nos detenemos →

El Oratorio

satisfechos con lo que imaginamos haber alcanzado. En el Oratorio hemos de procurar vivir en paz y con alegría, por el cúmulo de gracias y oportunidades con que, por medio de él, nos pone al alcance la Providencia, pero sabedores de que Dios quiere más de nosotros. Si bien nos miramos, nos daremos cuenta de cuánto nos falta. Nada es nuestro, y convertirnos es custodiar y hacer crecer todo lo que Dios nos ha confiado y restituírselo agradecidos. Con un poco de sentido sobrenatural no nos faltarán oportunidades que la fe nos ayudará a interpretar, para que tanto lo agradable como la prueba a que nos someta lo desagradable, todo coopere a nuestro bien sobrenatural.

Por esto se equivocan quienes, al pensar en el Oratorio y saber que en él no se pronuncian los votos de los religiosos, imaginan que las exigencias son menores. San Felipe, toda la tradición oratoriana y las mismas normas internas, como se refleja en las Constituciones, nos remiten al Evangelio y nos enseñan que es la caridad la que nos lleva a las virtudes evangélicas, del mismo modo que, en los religiosos, la caridad toma forma en los votos que ellos emiten, tal como, a propósito del Oratorio, sentencia Newman: «No puede darse la perfección espiritual sin la observancia de los consejos evangélicos».

Hemos citado con frecuencia a John Henry Newman, fundador del Oratorio en Inglaterra, hombre sabio y virtuoso, próximo a ser beatificado, que supo penetrar la esencia de la obra de san Felipe, como lo demuestra especialmente en las cartas que mandaba a sus hermanos cuando debía ausentarse en sus repetidos viajes a Irlanda para fundar allí la Universidad Católica, de la que fue primer Rector. También tenemos su testimonio en los resúmenes de las pláticas que les dirigía y en algunos de los sermones sobre san Felipe y en sus escritos autobiográficos.

A pesar de todo lo que hemos dicho, señalando estas tres notas, hay que tener muy presente que las vocaciones que el Oratorio espera y que tienen más garantía de éxito son las que han sido precedidas por el trato espiritual con los mismos hijos de san Felipe y hubieran recibido de ellos dirección espiritual y consejo prudente, después de haber reflexionado y hecho mucha oración. Entrar en el Oratorio ha de ser como un nuevo nacimiento. De hecho se ha repetido siempre que las verdaderas vocaciones filipenses son las de quienes parecen «como nacidos para ser hijos de san Felipe».

PRIMERA MISA

del padre

JESÚS GARCÍA SERRANO

DE ESTE ORATORIO DE ALBACETE

DIOS mediante,
PRESIDIRÁ, POR PRIMERA VEZ, LA EUCARISTÍA
en la festividad de
NUESTRO SANTO PADRE FELIPE NERI,
a las 8 de la tarde
del viernes, día 26 de mayo, de 1995,
año de la celebración del IV CENTENARIO
de nuestro santo.

l a u s d e o

LAUS

Director: Ramón Mas Cassanelles - Edita e imprime: Congregación del Oratorio
Pl. San Felipe Neri, 1 - Apartado 182 - 02080 Albacete - D. L. AB 103/62 - 2.5.95